

RESPONSABILIDAD DE LA IGLESIA  
Y  
AUTONOMIA DE LO PROFANO

Introducción

La cuestión propuesta implica una actitud, una tensión vencida, la de retirarse escépticos y profundamente descorazonados, del mundo. Era posible, adoptando una óptica pesimista de derrumbe o colapso, optar por el retiro y buscar un refugio; podía mos tratar de abandonar esta sociedad concreta en la que vivimos, suspirando por otra. Esta actitud habría sido estéril, un puro deseo. No es nada fácil segregarse, estamos rodeados, sumergidos, por la vida y nos es necesario afrontarla. Esta necesidad la experimenta de manera hiperbólica la iglesia que se experimenta a sí misma como presente "en el mundo, teatro de la historia humana", como vocación mundana, humana. (G et S, No.3).

Esta actitud de la iglesia no es una actitud cualquiera, propiamente no es una actitud o una postura tomada desde abajo; le viene dada desde arriba, la vive como el presente de una historia, la historia de la presencia de Dios en el mundo de los hombres; la iglesia adopta esta postura bajo la forma de la fidelidad, como quien escucha la Palabra que suena en el presente.

La responsabilidad de la iglesia en un ~~estado~~ mundo profano autónomo tiene particular importancia en referencia a la praxis cristiana, al comportamiento y a la manifestación en el mundo de la cualidad de cristianos. Se puede decir que este problema afecta al ser mismo y total de la iglesia, a su adaptación como comunidad global al mundo actual, a los reajustes profundos que cada comunidad parcial debe introducir en sus estructuras y funciones, a la Acción Católica, y a la actitud personal de cada cristiano en el mundo. La Acción Católica, sobre todo, es un sector desconcertado que acusa los efectos de una teología sobre las relaciones con el mundo todavía impuber-

I.

La iglesia, como encarnada en la realidad de la historia, ha corrido muchas ~~peripecias~~ peripecias. Su sentido secreto era el mismo, pero las formas eran variables. Y siempre caminando conforme a la ley de la maduración de la conciencia de sí misma.

Primeramente, el Evangelio entró en incompatibilidad con la sociedad estatal, con el mundo y su inercia. El martirio era simultáneamente el resultado último de la lógica de la fe y de la hostilidad del mundo. Ya desde el principio se revela la esencia de esa oposición: la iglesia se presenta como una fuerza de desacralización del imperio. Plinio da a los cristianos el nombre de ateos.

La perspectiva cambia con la restitución constantiniana. Pero en la realidad de la historia la coexistencia pacífica incoada da origen a dos actitudes en cierta medida divergentes: por un lado suscita el monaquismo como fuga del mundo y expresión de la radicalidad del inconformismo evangélico con respecto al mundo. Es necesario reconocer el valor de ejemplar grandeza que esta vía de retiro y de renuncia al mundo introduce en la existencia cristiana; pero al mismo tiempo la actualización de esta nota de la iglesia, extraña al mundo y no instalada, se revela incompleta e ineficaz.

Al mismo tiempo aparece la segunda vía opuesta: el intento ~~de someter~~ teocrático de someter el mundo a la voluntad de Dios a través de la sumisión del poder civil al poder divino del Pontífice: "oportet gladium esse sub gladio" ("Unam sanctam").

A partir de ese momento se multiplicarán las peripecias en torno a las relaciones entre la iglesia y el mundo. Las incidencias, especialmente antiguas y peligrosas por que las relaciones se sitúan sobre el plano del poderío, se polarizarán entre la unidad orgánica más perfecta formada por la comunidad de la cristiandad religioso-temporal, la Europa cristiana convertida, como diría Maritain, en una "refracción figurativa" del Reino de Dios, y la ruptura entre lo profano y lo sacro tras la que el mundo recobra su autonomía y se seculariza en un proceso en el que a la normal búsqueda de libertad se añaden elementos bastardos que la parasitan. Y en cuanto a las actitudes subjetivas, sobre todo de la autoridad profana, han oscilado también entre los extremos de la acogida sincera del Evangelio y un claro maquiavelismo que sabrá discernir la